



Entre tormentas y estrellas

ENTRE TORMENTAS Y ESTRELLAS



Novela Juvenil

JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS

Entre Tormentas y Estrellas

Primera edición 2026

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798197084170

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	7
CAPÍTULO 1 ATRAPADA Y SIN SALIDA	9
CAPÍTULO 2 EL PESO DE LAS PALABRAS	16
CAPÍTULO 3 EL VÉRTIGO DEL PRIMER AMOR	23
CAPÍTULO 4 LA TORMENTA	29
CAPÍTULO 5 EL AMANECEER	34
CAPÍTULO 6 SOMBRAS DEL PASADO	39
CAPÍTULO 7 EL TORBELLINO	44
CAPÍTULO 8 SOMBRAS DEL PASADO	48
CAPÍTULO 9 EL PESO DE LA VERDAD	53
CAPÍTULO 10 RAÍCES RENOVADAS	58
EPÍLOGO	62
AGRADECIMIENTO	65

DEDICATORIA

A todos los jóvenes que lean esta historia,

Esta novela es para ti.

Para ti que sientes que las paredes de tu habitación son lo único que te entiende. Para ti que cierras la puerta con fuerza después de una discusión y te preguntas si alguna vez te verán como eres realmente. Para ti que cargas con el peso de las expectativas ajenas, que sientes que nunca eres suficiente, que te ahogas en silencios que nadie parece escuchar.

Sé lo que se siente. Sé lo que es tener dieciséis años y sentir que el mundo ya decidió quién debes ser, mientras tú apenas estás descubriendo quién quieres ser. Sé lo que es pelear con tus padres y luego llorar en silencio porque los quieres, pero no sabes cómo hacérselo entender. Sé lo que es tener miedo de perder a tu mejor amiga, de equivocarte en el amor, de no encajar en ningún lugar.

Lucía no es perfecta. Se equivoca, lastima, duda y tropieza muchas veces. Pero también se levanta. Aprende a hablar cuando antes callaba. Aprende a pedir perdón. Aprende a elegirse a sí misma, aunque duela. Y si ella pudo hacerlo, tú también puedes.

Esta historia es un recordatorio de que no estás solo. De que está bien tener miedo. De que está bien no tener todas las respuestas. De que está bien llorar, gritar, escribir en un diario hasta que te duelan los dedos. Tus sentimientos son válidos. Tus sueños son importantes. Tu voz merece ser escuchada.

A ti, que te sientes atrapado: un día vas a abrir las alas. A ti, que crees que nadie te entiende: alguien lo hará, y mientras tanto, aprende a entenderte a ti mismo. A ti, que piensas que tus errores te definen: no lo hacen. Te están enseñando.

Permítete crecer a tu ritmo. Rodéate de personas que te vean de verdad. Habla, aunque te tiemble la voz. Ama, aunque te dé miedo. Y nunca, nunca dejes que alguien apague tu luz para que brille la suya.

Esta novela es para los que se sienten diferentes, para los que luchan en silencio, para los que sueñan con un futuro propio, aunque todavía no sepan cómo llegar. Es para recordarte que las tormentas pasan. Que las raíces sacudidas pueden volver a crecer más fuertes. Que el amanecer siempre llega, aunque a veces tarde en aparecer.

Tú eres suficiente. Tal como eres hoy. Tal como estás creciendo. Tal como serás mañana.

Sigue adelante. El mundo necesita tu voz.

Con cariño y admiración por tu valentía,

El autor

PRÓLOGO

A veces, el mayor peso no es el que cargamos en los hombros, sino el que llevamos dentro del pecho. Lucía lo sabía bien. A sus dieciséis años, había aprendido que las cadenas más fuertes no son las visibles: son las que se forjan con expectativas, silencios y la constante sensación de no ser suficiente.

Desde su ventana, la ciudad se extendía como un mar de luces titilantes. Lucía estaba sentada en el alféizar, con las rodillas abrazadas contra el pecho y la mirada perdida en el cielo nocturno. Las estrellas fluorescentes que había pegado en el techo de su habitación años atrás ya no brillaban con la misma intensidad. Algunas se habían despegado, otras apenas emitían un resplandor débil. Como ella. Como su vida.

Todo parecía estar en su lugar: una familia que la quería, una mejor amiga que la conocía desde siempre, un chico que le aceleraba el corazón con solo una mirada. Pero nada encajaba realmente. En casa, las conversaciones con sus padres terminaban siempre en la misma frase: «Es por tu bien». En la escuela, sonreía mientras sentía que se ahogaba. Y en su interior, una voz constante le repetía que no era suficiente: ni lo suficientemente buena hija, ni lo suficientemente leal amiga, ni lo suficientemente valiente para ser quien realmente quería ser.

Lucía había crecido creyendo que la vida era una línea recta: estudiar, portarse bien, cumplir expectativas y, algún día, convertirse en la versión perfecta que sus padres soñaban. Pero cuanto más intentaba seguir esa línea, más se desviaba. Las peleas en casa se volvían más frecuentes. Las palabras con Sofía, su mejor amiga, se volvían más cortantes. Y el chico que le gustaba... él representaba tanto una esperanza como un abismo.

Había noches, como esta, en las que se preguntaba si alguna vez encontraría su lugar. Si existiría un mundo donde

podiera ser ella misma sin tener que pedir perdón por ello. Donde sus errores no la definieran. Donde sus sueños no tuvieran que justificarse ante nadie.

Cerró los ojos y respiró el aire fresco de la noche. En algún lugar, dentro de ese torbellino de inseguridades, miedos y esperanzas rotas, había una chispa. Pequeña, frágil, pero obstinada. Una chispa que le susurraba que no estaba rota, solo en proceso de reconstrucción. Que las tormentas no duran para siempre. Que las raíces sacudidas pueden volver a crecer, más profundas y más fuertes.

Lucía no sabía todavía que los próximos meses pondrían a prueba cada pedazo de su ser. No sabía que perdería amistades, que enfrentaría traiciones, que el amor le rompería el corazón y que, al final, tendría que elegir entre seguir siendo quien todos esperaban o convertirse en quien realmente era.

Solo sabía una cosa, mientras miraba las estrellas:

Estaba cansada de sentirse atrapada.

Y estaba lista para volar.

José Arturo Sarabia Campos

CAPÍTULO 1 ATRAPADA Y SIN SALIDA

Lucía cerró la puerta de su habitación con tanta fuerza que las paredes de la vieja casa temblaron. El portazo retumbó como un disparo.

—¡Lucía, baja ahora mismo! —gritó su madre desde la cocina—. ¡No voy a tolerar que me hables así!

Lucía se dejó caer sobre la cama, con el corazón latiéndole en los oídos. Tenía dieciséis años y ya sentía que se ahogaba en su propia casa.

Todo había empezado esa mañana por una estúpida camiseta negra llena de agujeros en los hombros y unas botas gastadas. Su madre la miró como si acabara de bajar de un basurero.

—Vas a ir así a la reunión familiar? —preguntó Silvia, dejando el cuchillo sobre la encimera con un golpe seco—. Pareces sacada de la calle.

—Esto es lo que soy, mamá —respondió Lucía, con la voz temblando de rabia—. No soy tu muñeca.

Su padre, Miguel, intentó mediar desde la mesa sin levantar la vista del periódico.

—Solo quiere que te veas bien, hija. No es para tanto.

—¿No es para tanto? —Lucía empujó la silla con violencia—. ¡Nunca es para tanto! Mi ropa, mis amigos, mis notas... ¡nada de lo que hago les parece suficiente!

Silvia se cruzó de brazos.

—No se trata de que no sea suficiente. Se trata de que no te esfuerzas. Tienes que pensar en tu futuro.

—¡No quiero pensar en el futuro todo el tiempo! —gritó Lucía—. ¡Solo quiero vivir!

El silencio que siguió fue tan denso que casi se podía tocar. Lucía subió las escaleras corriendo y se encerró en su habitación. Esta vez no hubo más palabras. Solo el golpe de la puerta.

Sentada en el suelo con la espalda contra la madera, se quitó los auriculares y miró las estrellas fluorescentes que había pegado en el techo a los doce años junto a su padre. Aquel día se habían reído tanto que les dolió la panza. Ahora esas mismas estrellas parecían burlarse de ella.

Unos minutos después, tocaron a la puerta.

—Lucía, abre —dijo su madre, con voz más controlada.

Lucía abrió solo una rendija. Silvia la miró con cansancio.

—No voy a seguir discutiendo por tu ropa. Pero no puedes gritarnos y tratarnos como si fuéramos tus enemigos. Somos tus padres. Todo lo que hacemos es por tu bien.

—¿Por mi bien? —Lucía sintió que se le rompía algo dentro—. Entonces ¿por qué siento que todo lo que soy está mal? ¿Por qué nunca me preguntan qué quiero yo?

Silvia apretó los labios.

—Porque eres joven. No sabes lo que quieres. Y nosotros sí.

La puerta se cerró de golpe otra vez.

Lucía se deslizó hasta el suelo y lloró en silencio, con la cara enterrada entre las manos. No era solo la ropa. Era la constante sensación de que sus padres querían moldearla a su imagen, como si ella fuera un proyecto defectuoso que necesitara corrección.

En la cocina, Silvia se quedó inmóvil, con las manos apretadas contra el pecho. Miguel se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Está en esa edad... —murmuró.

—No —respondió Silvia, con la voz quebrada—. Estamos perdiendo a nuestra hija, Miguel. Y no sé cómo recuperarla.

La reunión familiar de esa tarde fue un infierno disfrazado de sonrisas.

Lucía se cambió la camiseta rota por una negra lisa, pero conservó los jeans rotos y las botas. Un pequeño acto de resistencia. Durante la cena, su tía Marta no tardó en atacar:

—Lucía, ¿ya decidiste qué vas a estudiar? Mira a tu prima Ana, ya va en segundo de medicina.

Lucía apretó el tenedor. Su madre intervino en seguida:

—Ella todavía está explorando opciones.

«Explorando opciones». Sonaba como una disculpa. Como si su madre tuviera que justificar que su hija no era un éxito garantizado.

Lucía aguantó lo que pudo antes de escaparse al patio trasero. Se sentó en el césped, arrancando hierba con los dedos, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. El cielo estaba lleno de estrellas reales, indiferentes a su dolor.

Pasos suaves se acercaron. Era su padre.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel, sentándose a su lado.

—No —respondió ella sin rodeos.

—Sabemos que las cosas están difíciles en casa, pero solo queremos lo mejor para ti.

Lucía lo miró directamente a los ojos.

—¿Y si lo mejor para mí no es lo que ustedes quieren? ¿Y si no quiero ser como Ana? ¿Ni como ustedes?

Miguel se quedó callado un segundo, sorprendido.

—Queremos que tengas una vida estable, que no te arrepientas después.

Lucía se levantó.

—No entienden nada. No quiero estabilidad. Quiero ser yo. Y ustedes no me dejan.

Regresó a la reunión sin esperar respuesta.

El trayecto de vuelta a casa fue un silencio sepulcral. Al llegar, Lucía subió directamente a su habitación. Esta vez cerró la puerta con cuidado, casi con tristeza.

Se quedó mirando las estrellas fluorescentes. Una de ellas, en la esquina, empezaba a despegarse. Como ella.

Pasadas las once de la noche, la inquietud le quemaba la piel. No podía quedarse ahí. Abrió la ventana, se puso la chaqueta de cuero y salió por el tejado como había hecho otras veces. Bajó por el canal de desagüe y tocó el césped sin hacer ruido.

Caminó sin rumbo hasta llegar al parque del final de la calle. Se sentó en un columpio y dejó que las cadenas chirriaran en la oscuridad.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que escuchó pasos sobre la grava.

Una figura con sudadera negra se acercó. Cuando entró en la luz del farol, Lucía reconoció el rostro.

—¿Tomás?

Él sonrió de medio lado, cansado.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

—Necesitaba aire —respondió ella—. ¿Y tú?

—Lo mismo. A veces la casa se pone... demasiado pesada.

Tomás se sentó en el columpio de al lado. Por un rato ninguno habló, solo se balancearon con suavidad.

—Mis padres no me ven —dijo Lucía de pronto, casi en un susurro—. Quieren que sea alguien que no soy. Cada vez que intento ser yo, se convierte en guerra.

Tomás asintió con lentitud.

—Conozco esa sensación. Es como si vivieras dentro de un personaje que otra persona escribió para ti.

Lucía lo miró. Había algo en sus ojos que le decía que en realidad entendía.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó.

—No lo soporto. Solo sigo. Escribo, dibujo... lo que sea para no volverme loco. —La miró de reojo—. ¿Tú cómo lo llevas?

—No lo llevo —admitió ella—. Solo sobrevivo.

Tomás sonrió con tristeza.

—Entonces empieza a vivir. Aunque sea en pedazos pequeños. Como escaparte a un parque a medianoche.

Un coche pasó a lo lejos con la música a todo volumen. El hechizo se rompió.

—Deberíamos irnos —dijo Tomás—. No es tan seguro quedarse aquí toda la noche.

Caminaron juntos hasta la salida del parque. Antes de separarse, Lucía se detuvo.

—Gracias... por no juzgar.

—De nada —respondió él—. A veces las mejores conversaciones son las que no planeas.

Lucía regresó a casa por el mismo camino: tejado, ventana, habitación. Se dejó caer en la cama aún vestida. Por primera vez en todo el día, el nudo en su pecho se aflojó un poco.

Al amanecer, la pelea continuó.

En la cocina, el aire se sentía cargado. Lucía bajó intentando no provocar, pero su madre no tardó en hablar:

—No puedes seguir así, Lucía. Gritas, te encierras, desapareces de la reunión como si fuéramos extraños.

Lucía sintió que la rabia volvía a subir.

—¿Y cómo quieres que esté? ¿Qué sonría mientras me dicen todo el tiempo qué hacer, cómo vestirme y qué soñar? ¡Estoy harta de no encajar en esta casa!

—¡Todo lo que hacemos es por ti! —exclamó Silvia, con los ojos brillantes.

—¡Pues yo no lo pedí! —gritó Lucía—. ¡No quiero su vida! ¡Quiero la mía!

Miguel intentó intervenir, pero ya era tarde. Lucía tomó su mochila y salió dando un portazo.

En la escuela, todo le parecía lejano. Durante la clase de literatura, el profesor pidió escribir un poema corto sobre algo que los definiera. Lucía escribió sin pensarlo demasiado:

Soy un cielo roto,

tormentas y estrellas en guerra.

No me busques en el mapa,

porque aún no me he encontrado.

Al levantar la vista, encontró a Tomás mirándola desde el fondo del salón. Él le dedicó una pequeña sonrisa, casi imperceptible. Lucía sintió que, por un segundo, alguien la veía de verdad.

Esa tarde no regresó de manera inmediata a casa. Se refugió en la biblioteca pública y escribió durante horas en su cuaderno negro: poemas, letras de canciones, fragmentos de rabia y de miedo.

Cuando por fin volvió, ya era de noche. Sus padres estaban en la sala viendo televisión. Ninguno le preguntó dónde había estado. Lucía subió las escaleras en silencio y cerró la puerta de su habitación.

Se tumbó en la cama y miró las estrellas fluorescentes del techo.

Ya no se sentía por completo atrapada.

Seguía sin saber quién era. Seguía sin tener respuestas. Pero por primera vez tenía algo parecido a una decisión:

Si sus padres no la veían, ella brillaría más fuerte hasta que no pudieran ignorarla.

Aunque eso significara romper todo lo que conocía.

CAPÍTULO 2 EL PESO DE LAS PALABRAS

El comedor del instituto era un torbellino de ruido, pero para Lucía todo sonaba lejano, como si estuviera debajo del agua. Sentada sola en una esquina, removía con el tenedor un puré frío que no pensaba comer. Tres mesas más allá, Sofía reía con su grupo. Esa risa, que antes era su refugio, ahora le dolía como una traición.

Hacía tres días que no se hablaban.

Todo empezó por un mensaje tonto en el grupo de WhatsApp. Sofía había escrito: «Lucía, ¿otra vez tarde? ¿Vives en otra dimensión o qué?», con un emoji riéndose. Lucía, que había llegado tarde porque tuvo que ayudar a su madre, respondió con veneno: «Tranquila, la próxima me teletransporto para no arruinarte el plan».

La discusión explotó el lunes en el recreo, frente a medio instituto.

—No esperaba esto de ti —le espetó Sofía, con la voz temblando de rabia—. ¿Sabes qué? Olvídame.

Desde entonces, Lucía caminaba por los pasillos con la cabeza baja. Pablo y Fernanda intentaron acercarse, pero ella los apartaba con un «estoy bien» que nadie se creía. Valeria y su grupo la miraban de reojo y susurraban, acompañadas de risitas que cortaban como vidrio.

Esa mañana no aguantó más. Dejó la bandeja con fuerza y salió del comedor. En el patio, se apoyó contra una pared y dejó que las lágrimas cayeran en silencio. Las limpió con rabia. No quería darles el gusto de verla rota.

Por la tarde se refugió en la biblioteca, el único lugar donde el mundo no le gritaba. Garabateaba espirales cada vez más cerrados en su cuaderno cuando una voz suave la sobresaltó.

—¿Puedo sentarme?

Delante de ella estaba un chico alto, de cabello castaño revuelto y sonrisa tímida. Llevaba un cuaderno lleno de dibujos impresionantes: dragones, ciudades oscuras, rostros cargados de emoción.

—Soy Mateo —dijo mientras se sentaba—. Llegué hace dos semanas y todavía me pierdo en este lugar.

—Lucía —respondió ella—. Bienvenido al laberinto.

Hablaron durante casi una hora. De música, de películas malas, del profesor de matemáticas que parecía odiar el pizarrón. Por primera vez en días, Lucía sintió que el nudo en su pecho se aflojaba un poco. Mateo escuchaba de verdad.

Hasta que Valeria y Marta entraron.

Valeria pasó junto a su mesa y soltó, sin molestarse en bajar la voz:

—Qué rápido se recupera la gente. Un día llora por su mejor amiga y al siguiente ya tiene reemplazo.

Lucía sintió que le ardía la cara. Mateo frunció el ceño.

—No les hagas caso —murmuró.

Pero el daño estaba hecho. Lucía se levantó de golpe.

—Voy al baño.

Frente al espejo, se miró los ojos rojos y el rostro cansado. «Patética», pensó. ¿Cómo una pelea tan estúpida la había destrozado tanto?

Esa noche, en su habitación, abrió el chat con Sofía por décima vez. Después de escribir y borrar varias veces, solo envió:

«Podemos hablar? No quiero que esto siga así».

La respuesta llegó fría y corta:

«No sé, Lucía. Me hiciste daño. Necesito tiempo».

Lucía dejó caer el teléfono sobre la cama. El silencio de la casa se le echó encima.

Su madre entró sin tocar.

—¿Otra vez con esa cara? ¿Es por Sofía?

Lucía terminó contándole lo básico. Su madre la escuchó y luego le dijo con calma:

—Las palabras son como piedras, Lucía. Pueden construir puentes... o derrumbar casas. Tú decides qué haces con las tuyas.

Al día siguiente todo empeoró.

En el recreo, Valeria la acorraló en un pasillo.

—¿Vas a suplicarle que vuelva? Qué triste, Lucía.

Lucía abrió la boca, pero las palabras no salieron. La vergüenza la paralizó. Pablo apareció justo a tiempo.

—Déjala en paz, Valeria.

Valeria se rio y se fue. Pablo miró a Lucía con preocupación.

—Tienes que hablar con Sofía. Esto ya nos está afectando a todos.

En clase de literatura, la profesora anunció un trabajo en parejas. El nombre de Lucía se mencionó junto al de Mateo. Cuando sonó el timbre, él se acercó.

—¿Nos vemos hoy en la biblioteca para empezar?

Lucía dudó, pero aceptó.

Esa tarde, Mateo intentó hablar del proyecto, pero ella apenas podía concentrarse. Al final, él dejó el lápiz.

—Lucía, ¿qué te pasa? No estás aquí.

Ella respiró hondo y, sin saber por qué, se sinceró:

—Mi mejor amiga no me habla. Siento que todo el mundo me odia. Y no sé cómo arreglarlo.

Mateo la miró con seriedad.

—No todos te odian. Yo no. Y las peleas nunca son culpa de una sola persona. Si Sofía no ve lo que vales, es su pérdida.

Sus palabras fueron como un bálsamo. Pero el momento duró poco.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Sofía estaba allí, con los brazos cruzados y la mirada encendida.

—¿En serio? —dijo con voz cortante—. ¿Ya estás aquí riéndote con el nuevo mientras yo sigo pensando en nosotras?

Lucía se levantó de golpe.

—No es lo que parece. Solo estamos trabajando en un proyecto.

—¿Un proyecto? —Sofía soltó una risa amarga—. Qué conveniente. Me humillas delante de todos y ahora ya tienes a alguien nuevo. Qué fácil para ti, ¿verdad?

El dolor y la rabia explotaron en Lucía.

—¡Tú fuiste la que me dijo «olvídame» frente a todo el instituto! ¡Me hiciste sentir que no valía nada!

Sofía se quedó callada por un segundo, con los labios temblorosos. Luego dio media vuelta y salió dando un portazo.

Lucía se derrumbó en la silla mientras temblaba. Mateo intentó acercarse, pero ella lo detuvo.

—Déjame sola.

Los días siguientes fueron un infierno. Sofía la evitaba por completo. Valeria aún lanzaba comentarios venenosos. Lucía se escondía en la biblioteca durante los recreos, garabateando en su cuaderno para no volverse loca.

Una tarde recibió un mensaje urgente de Pablo:

«Ven al patio. Es sobre Sofía. Está mal.»

Corrió hasta allá. Pablo y Fernanda la esperaban con cara seria.

—Sofía está hecha pedazos —dijo Fernanda, con los ojos llorosos—. La vieron llorando en el baño. No quiere hablar con nadie.

La culpa golpeó fuerte a Lucía.

—Tengo que hablar con ella —murmuró.

—Entonces deja de apartarnos también a nosotros —replicó Pablo—. No eres la única que sufre.

Esa noche, después de mucho dudar, Lucía escribió:

«Sofía, sé que te hice daño. No quiero justificarme. Solo quiero hablar. Eres demasiado importante para mí».

La respuesta tardó en llegar, pero por fin apareció:

«Está bien. Mañana después de clases, en el parque.»

El parque estaba casi vacío al atardecer. Sofía ya estaba sentada en una banca junto a la fuente. Lucía se acercó con el

corazón latiéndole en la garganta y se sentó dejando espacio entre las dos.

—Sofía... lo siento —dijo con voz temblorosa—. Ese mensaje fue estúpido. Estaba cansada, además de herida, y me desquité contigo. Nunca quise hacerte sentir que no me importabas. Eres mi mejor amiga. Eres como mi familia.

Sofía miró el agua de la fuente antes de responder.

—Cuando me dijiste eso y luego me dejaste sola en el patio... me sentí atacada. Pensé que ya no te importaba. Y cuando te vi con Mateo, creí que me habías reemplazado.

—No te reemplazo —dijo Lucía, con lágrimas en los ojos—. Solo intentaba sobrevivir.

Las dos guardaron silencio un momento.

—Las dos nos lastimamos —admitió Sofía al final—. No sé si podemos volver a ser como antes... pero no quiero seguir así.

Lucía asintió.

—Yo tampoco. Quiero intentarlo. De verdad.

Sofía extendió la mano. Lucía la tomó con fuerza.

No fue una reconciliación perfecta. Todavía había heridas, silencios incómodos y desconfianza. Pero era un comienzo. Un puente frágil, pero real.

En los días siguientes, las cosas mejoraron poco a poco. Volvieron a hablarse, compartieron memes torpes y se sentaron juntas en el comedor, aunque con cierta distancia. Valeria seguía lanzando veneno, pero ahora Lucía no estaba sola.

Mateo continuaba siendo amable durante las reuniones del proyecto. Su presencia se había convertido en un pequeño refugio de calma.

Entre tormentas y estrellas

Una tarde, mientras caminaba de regreso a casa, Lucía pensó en las palabras de su madre: las palabras son como piedras.

Había aprendido cuánto pesaban. Pero también había descubierto que, aunque algunas destruyen, otras pueden servir para construir algo nuevo.

Y ella estaba dispuesta a intentarlo

CAPÍTULO 3 EL VÉRTIGO DEL PRIMER AMOR

El sol de la tarde pintaba de dorado el camino de grava del parque. Lucía caminaba junto a Mateo, y el mundo se había reducido al espacio entre sus pasos. Cada risa, cada mirada, cada roce accidental de sus manos era una chispa peligrosa. No estaba preparada para esto. El amor se sentía como un abismo: hermoso y aterrador al mismo tiempo.

Desde aquel día en la biblioteca, Mateo había invadido su vida. Sus charlas hasta las tres de la madrugada, las canciones que él enviaba y los fragmentos de novelas que ella respondía habían tejido algo invisible y poderoso entre ellos. Lucía ya no sabía si eran solo amigos.

Sus manos se rozaron. Fue apenas un segundo, pero el corazón de Lucía se desbocó.

—¿Te gusta alguien? —preguntó Mateo de pronto, con tono juguetón pero mirada seria.

Lucía se quedó helada. Bajó la vista hacia una piedra del camino.

—No sé... ¿Y a ti?

Mateo soltó una risa nerviosa.

—Tal vez. Pero es un secreto.

El nudo en el estómago de Lucía se apretó. Quiso preguntar más, pero él cambió de tema y señaló un puesto de helados.

—Te invito. Solo si eliges un sabor raro.

Ella sonrió, agradecida por la distracción, aunque el corazón le seguía latiendo con fuerza.

Esa noche, en su habitación, Lucía abrió su diario y escribió:

«Creo que estoy enamorada. Y me da pánico. Cuando estoy con él siento que puedo ser yo, pero también miedo de no ser suficiente. Hoy, cuando nuestras manos se tocaron, juro que el mundo se detuvo».

Cerró el cuaderno con fuerza. El amor no era como en los libros. Era caos.

En casa la tormenta era constante. Sus padres presionaban cada vez más con las calificaciones y el futuro. Para ellos, Mateo era solo una distracción. Para Lucía, era lo único que la hacía sentir viva.

Esa misma noche, la puerta de su habitación se abrió de golpe. Su padre entró con el rostro visiblemente molesto y vio a Lucía con el teléfono en la mano.

—¿Qué es esto, Lucía? ¡Las dos de la madrugada chateando con ese chico!

—No es lo que piensas, papá...

—¿Entonces qué debo de pensar? Descuidas tus estudios, nos mientes... ¡Dame el teléfono!

Lucía lo apretó contra su pecho como un escudo, pero la mirada de su padre no admitía discusiones. Se lo entregó con manos temblorosas. Miguel salió dando un portazo.

Lucía se derrumbó sobre la cama, lloraba. No era solo el teléfono. Era la certeza de que sus padres no la comprendían.

A la mañana siguiente el desayuno fue un campo minado de silencios. Lucía no habló. Su padre murmuró un «es por tu bien» antes de irse. Ella solo sintió rabia.

En el instituto, sin teléfono, se sentía desnuda. Durante el recreo, Sofía se acercó con una sonrisa.

—¿Buscas a Mateo? Ayer lo vi muy sonriente; hablaba con Camila. Parecían... cercanos.

El comentario cayó como un cuchillo. Camila era todo lo que Lucía no era: segura, popular, brillante. Lucía fingió indiferencia, pero el veneno ya corría por sus venas.

El resto del día fue un borrón. Al salir de clases, caminó sin rumbo y terminó en el mismo parque. Se sentó en una banca, abrazando sus rodillas, cuando, de pronto, escuchó una voz.

—Lucía... ¿estás bien?

Era Mateo, quien se acercó con una expresión preocupada y se sentó a su lado.

—No estoy bien —admitió ella—. Nada está bien.

Le contó todo: la pelea con sus padres, el teléfono confiscado, la sensación de que nadie la entendía. Y entonces, sin poder detenerse, soltó lo que llevaba dentro:

—Creo que estoy enamorada de ti, Mateo. Y me aterra porque no sé si sientes lo mismo.

El silencio fue brutal. Mateo se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Lucía... Eres increíble y me importas mucho. Pero no sé si estoy listo para esto.

Cada palabra fue un golpe. Lucía se levantó con las lágrimas ardiéndole en los ojos.

—Está bien. Olvídalo.

Corrió a casa. Su madre la esperaba en la sala.

—¿Dónde estabas? ¿Otra vez con ese chico? ¡Has cambiado, Lucía!

—¡Tal vez cambié porque estoy harta de que me controlen!
—gritó ella—. ¡Tengo derecho a sentir, a equivocarme! ¡Ustedes
no me dejan respirar!

Su madre dio un paso atrás, con los ojos llenos de tristeza.

—No queremos perderte.

Lucía subió aprisa, cerró la puerta con llave y se dejó caer
al suelo.

Horas después, un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—Soy yo, Sofía. Necesito hablar contigo.

Lucía abrió. Su amiga entró nerviosa y se sentó en la cama.

—Siento lo de hoy... pero hay algo que debes saber.
Anoche vi a Mateo con Camila en el parque. Estaban muy juntos.
Y escuché cuando Camila dijo que eras una «niña tonta»
obsesionada con él, que solo le dabas lástima. Mateo no la
corrigió, Lucía. Solo se rio.

El mundo se detuvo. Lucía sintió náuseas.

—No te creo...

—Ojalá fuera mentira —susurró Sofía—. Pero pensé que
tenías derecho a saberlo. No estás sola.

Cuando Sofía se fue, Lucía se quedó inmóvil. Luego el dolor
se convirtió en rabia. Tomó su chamarra, abrió la ventana y se
escapó por el árbol. Corrió hasta el edificio abandonado que
usaba como refugio. Subió hasta la azotea y dejó que el viento frío
le golpeara la cara.

Allí, bajo la luna, sacó su libreta y escribió:

*«No soy suficiente,
pero tampoco estoy rota.»*

*El mundo me empuja,
me ignora,
me duele.*

*Pero estoy aquí.
Y no me rendiré».*

Dejó que el viento se llevara la hoja.

Estaba a punto de bajar cuando escuchó pasos. Mateo apareció en la azotea, agitado.

—Lucía, por favor, escúchame...

Ella se giró con furia.

—¿Lástima? ¿Eso soy para ti? ¿Una niña tonta a la que hay que tenerle pena?

Mateo palideció.

—No es así. Camila dijo eso, sí, pero yo no pienso lo mismo. Fue un momento estúpido. Tú me importas de verdad.

—Entonces ¿por qué no la callaste? —gritó Lucía—. ¿Por qué te reíste?

Mateo no tuvo respuesta. Ese silencio fue la confirmación que necesitaba.

—Déjame en paz, Mateo. No quiero tus excusas.

Bajó las escaleras aprisa, ignoraba sus llamadas. Regresó a casa cuando el amanecer empezaba a teñir el cielo. Entró por la ventana y se metió en la cama exhausta.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Lucía rompió el silencio:

—Necesito que me escuchen. No quiero pelear. Solo quiero que me vean como soy, no como quieren que sea. Intento encontrar mi camino. Necesito que confíen en mí.

Sus padres se quedaron callados. Su madre asintió, cansada.

—No es fácil... pero lo intentaremos.

No era una gran reconciliación, pero era un comienzo.

En el instituto, Lucía evitó a Mateo. Durante el recreo, Sofía la abrazó sin decir nada.

—Eres más fuerte de lo que crees —le susurró.

Lucía sonrió. Era una sonrisa pequeña, herida, pero real.

Aún llevaba el peso del rechazo, la traición y las peleas familiares. Sin embargo, en esta ocasión, sintió que algo dentro de ella se fortalecía. No sabía qué vendría después, ni cómo sanarían todas las heridas.

Pero había decidido no rendirse.

Su historia apenas comenzaba.

CAPÍTULO 4 LA TORMENTA

La música retumbaba en la casa de Diego, pero Lucía solo escuchaba el latido furioso de su propio corazón. Desde una esquina, apretaba el vaso de plástico hasta que crujió. Frente a ella, Sofía reía con exagerada coquetería mientras rozaba el brazo de Mateo. Cada gesto era un puñal. Cada risa, una traición.

No podía más.

Se abrió paso entre la gente, ignorando las miradas curiosas. La fiesta, que había empezado como una noche para olvidar problemas, se había convertido en su peor pesadilla.

—¡Sofía! —gritó.

El volumen de la música bajó de golpe. Todas las cabezas se volvieron. Sofía se tensó, pero levantó la barbilla con desafío.

—¿Qué quieres, Lucía?

La multitud formó un círculo a su alrededor. Mateo dio un paso atrás, pálido.

—¡Eres una hipócrita! —escupió Lucía—. ¿Crees que no te vi cómo coqueteabas con él? ¿Después de todo? ¡Me traicionaste!

Sofía palideció, pero sus ojos brillaron con rabia contenida.

—¿Yo te traicioné? —respondió, dando un paso adelante—. ¡Fuiste tú quien me cambió por él! «Nosotras contra el mundo», ¿recuerdas? ¡Mentira! En cuanto apareció Mateo, desapareciste. ¿Y ahora me llamas traidora?

Las palabras golpearon a Lucía como un bofetón. Por un segundo, la culpa asomó, pero la furia fue más fuerte.

—¡No te atrevas a voltear las cosas! —gritó—. ¡Me clavaste el cuchillo por la espalda!

—¡Y tú me dejaste sola! —replicó Sofía, con la voz quebrada—. ¡Me cansé de ser la segunda opción!

La palabra «víbora» salió de la boca de Lucía antes de que pudiera detenerla. Un jadeo colectivo recorrió la sala. Sofía retrocedió como si la hubieran golpeado.

Mateo intentó intervenir.

—Chicas, por favor...

—¡Cállate! —le espetó Lucía, girándose hacia él con lágrimas en los ojos—. ¡Esto no es sobre ti!

Empujó a quien tenía delante y corrió hacia la puerta. Afuera, la tormenta estalló. La lluvia caía con furia, empapándola en segundos. Corrió sin rumbo, con el frío calándole los huesos y los truenos retumbando como su propio caos interior.

Llegó al parque empapada y se derrumbó en una banca. El mismo parque donde Sofía y ella habían compartido miles de secretos. La lluvia mezclaba sus lágrimas mientras los recuerdos la asaltaban.

Recordó su décimo cumpleaños de Sofía. Sentadas bajo un árbol con pastel en las manos, prometieron con meñiques entrelazados: «Nosotras contra el mundo. Siempre».

Recordó la tarde de los quince años, en esa misma banca, cuando Sofía le confesó entre sollozos que su padre se iba de casa. Lucía la abrazó durante horas y juró: «Nunca estarás sola. Me tienes a mí».

Y la azotea, seis meses atrás. Bajo las estrellas, volvieron a prometerlo. «Ni chicos, ni nada nos separará».

Ahora todo eso yacía roto.

Lucía se abrazó las rodillas, temblorosa. «Todo es mi culpa», pensó. Se había alejado. Había elegido a Mateo. Había herido a la persona que más la había apoyado. Y luego la había humillado frente a todos.

Un trueno sacudió el cielo. Lucía gritó, dejando que la lluvia borrara sus lágrimas. Quería desaparecer.

Pasos que chapoteaban en los charcos la sacaron de su trance.

—¡Lucía!

Era Diego, empapado, con la chaqueta pegada al cuerpo. Se sentó a su lado sin pedir permiso.

—¿Qué demonios haces aquí? ¡Te vas a enfermar!

Lucía no respondió. Diego suspiró.

—Todos están preocupados. Corriste como si te persiguiera el diablo. ¿Qué pasó con Sofía?

Ella tardó en hablar.

—Lo arruiné todo, Diego. La llamé traidora. Víbora. Delante de todos. Pero... ella coqueteaba con Mateo. Delante de mí.

Diego se quedó callado un momento, contemplaba la lluvia.

—Las dos se equivocaron —dijo al fin—. Sofía ha estado rara desde que empezaste con Mateo. No es solo celos. Hay algo más. Y tú... explotaste. Pero ninguna es el villano aquí. Están heridas las dos.

Lucía lo miró, sorprendida por su sinceridad.

—¿Qué hago ahora?

—Primero, salir de esta lluvia. Mañana, cuando estés más calmada, habla con ella. De verdad. Sin gritos. Pero hoy... hoy solo necesitas secarte y respirar.

Diego le tendió la mano. Lucía dudó, pero la tomó. Caminaron hasta su auto en silencio. Él encendió la calefacción y puso música baja.

La llevó a su casa. Su mamá, sin hacer preguntas, le dio ropa seca, una toalla y chocolate caliente. Diego la dejó en la sala con una manta.

—Si necesitas algo, estoy arriba —dijo antes de subir.

Lucía se quedó sola con el sonido de la lluvia. Tomó su teléfono, que de milagro había sobrevivido. Abrió el chat con Sofía. Escribió y borró varias veces. Hasta que por fin lo envió:

«Sofía, lo siento. Necesito hablar contigo. Por favor».

No esperaba respuesta inmediata. Se recostó en el sofá, exhausta. Por primera vez en horas, sintió una pequeña grieta de calma en medio del caos.

No sabía si Sofía respondería. No sabía si podrían reparar lo roto. Pero en esta ocasión, Lucía estaba dispuesta a intentarlo. Sin orgullo. Sin gritos. Solo con la verdad.

Diego bajó al amanecer, con el cabello revuelto.

—¿Sobreviviste?

Lucía esbozó una sonrisa débil.

—Algo así.

—Bien —dijo él, sentándose a su lado—. Porque no estás sola en esto. Ni hoy, ni mañana.

Lucía asintió. La tormenta había pasado afuera, pero la que llevaba dentro aún rugía. Sin embargo, ahora tenía una pequeña

Entre tormentas y estrellas

certeza: no se rendiría. Algunas amistades valían la pena pelear por ellas, incluso después de la peor de las tormentas.

CAPÍTULO 5 EL AMANE CER

La luz del alba se filtraba por las rendijas de la persiana y trazaba líneas doradas sobre el rostro cansado de Lucía. No había dormido. La noche en casa de Diego había sido un desfile interminable de recuerdos y culpas. Se levantó, se puso una sudadera vieja y salió de casa sin desayunar. Sabía que no podía seguir huyendo.

Primero fue a casa de Sofía.

El camino estuvo lleno de fantasmas: la heladería donde compartían secretos, el roble del parque donde prometieron ser «nosotras contra el mundo». Cuando Sofía abrió la puerta, sus ojos mostraron sorpresa y cautela.

—Necesito hablar contigo —dijo Lucía, con la voz temblorosa.

Sofía cruzó los brazos.

—¿Ahora? ¿Después de ignorarme por semanas?

Lucía tragó saliva.

—Fui una idiota. Te aparté, prioricé a Mateo y no te di oportunidad de explicarte. Te extrañé, Sofía. Me equivoqué.

Sofía guardó silencio. Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

—Yo también me equivoqué —admitió al fin—. Coquetear con Mateo fue una estupidez. Quería llamar tu atención. Me dolió que me reemplazaras tan fácil.

El abrazo llegó torpe, cargado de dolor acumulado, pero se volvió fuerte. Las dos lloraron.

—No me dejes afuera otra vez —susurró Sofía.

—No lo haré —prometió Lucía.

Fue un alivio, pero no una solución completa. Aún quedaba mucho por reconstruir.

Después caminó hacia el parque. Mateo estaba sentado en una banca, mirando la fuente. Cuando la vio, su expresión se endureció.

—Necesito hablar contigo —dijo Lucía, deteniéndose a unos pasos.

Mateo soltó una risa amarga.

—¿Ahora quieres hablar? Lucía, cada vez que me acerco me cierras la puerta.

Ella se sentó a su lado, aunque él no la miró.

—Tienes razón. He sido injusta. Tengo tanto miedo de no ser suficiente que termino por alejar a todos. Me gustas, Mateo. De verdad. Pero no sé cómo hacer esto sin sabotearlo.

Mateo se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Me duele no saber nunca qué sientes. Un día me miras como si fuera todo y al siguiente desapareces. No sé si puedo seguir así.

Lucía sintió las lágrimas arder.

—Dame una oportunidad —suplicó—. No te pido que confíes en mí de inmediato. Solo déjame demostrarte que puedo ser mejor.

Mateo la miró por largo rato. Al final, rozó sus dedos con los de ella. No fue un perdón completo, pero fue un comienzo.

—No me hagas arrepentirme —dijo en voz baja.

Esa misma tarde, Lucía enfrentó a sus padres en la sala. El aire estaba cargado.

—Necesito que me escuchen —empezó, con voz firme—. Los quiero, pero me siento atrapada. Sus expectativas me asfixian. Quiero equivocarme, quiero decidir, quiero que confíen en mí, aunque meta la pata.

Su madre se levantó con lágrimas en los ojos.

—Solo queríamos protegerte...

—Protegiéndome me lastiman —replicó Lucía—. Necesito espacio. Y necesito que me vean como soy, no como quieren que sea.

Su padre guardó silencio por un momento. Luego asintió, cansado.

—Intentaremos hacerlo mejor. Pero tú también tienes que hablar con nosotros.

No fue una reconciliación mágica, pero fue honesta. Lucía subió a su habitación con una extraña mezcla de alivio y agotamiento.

No obstante, la verdadera prueba llegó días después.

Estaba en el cine con Mateo cuando Norma apareció corriendo, pálida y agitada.

—Es Sofía —dijo casi sin aliento—. Hubo un accidente. Un coche la atropelló. Está en el hospital.

El mundo de Lucía se detuvo.

Llegaron al hospital en medio de una nebulosa de luces y sirenas. Los padres de Sofía esperaban en la sala, con rostros demacrados. Ella estaba en cirugía. Fractura en la pierna y traumatismo craneal. Las próximas horas serían críticas.

Lucía se sentó entre Mateo y Norma, con las manos temblorosas. El tiempo se estiró como goma. Cada vez que se abría una puerta, todos levantaban la vista con esperanza y terror.

Cuando por fin les permitieron verla, Sofía yacía pálida en la cama, conectada a máquinas. Lucía tomó su mano con cuidado.

—Lo siento tanto —susurró—. No te voy a dejar sola otra vez. Te lo prometo.

Sofía no respondió. Solo el pitido constante de las máquinas llenaba la habitación.

En los días siguientes, Lucía prácticamente vivió en el hospital. Sus padres le dieron espacio sin preguntar demasiado. Mateo estuvo a su lado en silencio, ofreciéndole apoyo constante. Pero Norma la evitaba.

Una tarde, en la cafetería del hospital, Lucía la confrontó.

—Norma, ¿qué pasa? Desde el accidente actúas raro conmigo.

Norma bajó la mirada, con las manos temblorosas alrededor de su taza.

—Antes del accidente... Sofía y yo discutíamos. Sobre ti. Le dije que tal vez no valía la pena seguir intentándolo, que siempre la alejabas. Estaba distraída cuando cruzamos la calle. Si no hubiera dicho eso...

Lucía sintió un golpe en el pecho.

—No es solo tu culpa —dijo al fin—. Todas cometimos errores. Yo la aparté. Ella no habló. Pero ahora tenemos que estar aquí por ella.

Norma asintió, con lágrimas en los ojos.

Los días pasaron lentos. Sofía despertó al cuarto día, confundida pero viva. Cuando vio a Lucía junto a su cama, sonrió con debilidad.

—Sigues aquí —murmuró.

—Siempre —respondió Lucía, al tiempo que apretaba su mano.

El camino de recuperación sería largo. Sofía tendría que aprender a caminar de nuevo y lidiar con las secuelas. Pero estaba viva. Y eso era lo único que importaba.

Una noche, mientras Lucía regresaba a casa desde el hospital, se detuvo en el parque. El mismo donde todo había empezado y donde todo había estallado. Se sentó en la banca y miró el cielo.

No todo estaba arreglado. Su amistad con Sofía tenía cicatrices. Mateo aún estaba cauteloso. Sus padres seguían aprendiendo a soltar. Y ella aún luchaba contra sus propios demonios.

Pero en esta ocasión, Lucía no se sentía atrapada.

Había roto el silencio. Había pedido perdón. Había enfrentado sus miedos.

El amanecer no traía soluciones perfectas, pero traía una nueva oportunidad. Y esta vez, Lucía estaba dispuesta a tomarla.

Se levantó de la banca con una determinación tranquila. Mañana volvería al hospital. Hablaría con Mateo. Seguiría reconstruyendo, paso a paso.

Porque algunas cosas —las amistades verdaderas, el primer amor, la relación con uno mismo— valían la pena pelear por ellas.

Incluso después de la peor de las tormentas.

CAPÍTULO 6 SOMBRAS DEL PASADO

El otoño traía un aire fresco que Lucía agradecía. Las cosas parecían estabilizarse: Sofía se recuperaba bien del accidente, sus padres le daban más espacio y, aunque con Mateo no había una relación definida, su amistad se sentía sólida y tranquila. Por primera vez, Lucía caminaba por los pasillos del instituto con una calma frágil pero real.

Hasta que vio a Mónica.

Su antigua mejor amiga de la infancia estaba junto a los casilleros, con el cabello teñido de rosa intenso y una chaqueta de cuero que gritaba «sexy». Cuando sus miradas se cruzaron, Mónica sonrió.

—¡Lucía! ¡No puedo creer que seas tú!

El abrazo fue rápido y torpe. Lucía sintió un nudo en el estómago. Habían sido inseparables hasta primero de secundaria, cuando Mónica se mudó de repente. Después, solo silencio. Mensajes sin respuesta. Un vacío que nunca se explicó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lucía.

—Volvimos. Mis padres arreglaron sus... asuntos. —Mónica se encogió de hombros, pero su sonrisa no llegó a sus ojos—. ¿Me das una oportunidad de recuperar el tiempo perdido?

Lucía quiso alegrarse. De verdad. Pero algo en la mirada de Mónica —un brillo afilado— la puso en alerta.

Esa tarde, Mónica se unió al grupo en la cafetería. Sofía la recibió con amabilidad. Mateo, en cambio, se mantuvo callado, observándola. Mónica dominó la conversación con historias exageradas de fiestas, viajes y un supuesto ex novio tatuador. Cada anécdota parecía calculado para impresionar.

—Y tú, Lucía —dijo de pronto, con una sonrisa torcida—, ¿sigues siendo la misma niña tímida que se escondía detrás de los libros o ya creciste?

El comentario cayó como una piedra en agua quieta. Sofía cambió de tema, pero el daño estaba hecho. Lucía se sintió expuesta, pequeña. Esa noche escribió en su diario:

«Mónica no ha vuelto. Ha regresado para recordarme quién era antes. Y me aterra que tenga razón».

Los días siguientes, Mónica se integró rápido. Demasiado rápido. Sus comentarios tenían siempre un filo: recordaba anécdotas infantiles que ponían a Lucía en ridículo, coqueteaba de forma abierta con Mateo y dominaba cualquier espacio donde entraba. Durante una sesión de estudio en la biblioteca, soltó:

—¿Te acuerdas Lucía, cuando entramos a la oficina del director para cambiar las calificaciones? Eras la reina de las ideas locas... y luego llorabas arrepentida.

Mateo frunció el ceño. Sofía intentó suavizarlo. Lucía solo sintió vergüenza.

Esa noche confrontó a Mónica por mensaje. La respuesta fue cortante:

«Relájate. Solo bromeo. Si no aguantas una broma, tal vez no has cambiado tanto».

El quiebre llegó en el cine. Mónica se sentó al lado de Mateo y pasó la película susurrándole al oído y tocándole el brazo. Lucía, al otro lado, sintió celos que no tenía derecho a sentir. Al salir, no pudo más.

—Mónica, ¿puedes dejar de actuar como si todo girara alrededor tuyo?

Mónica arqueó una ceja.

—¿Celos, Lucía? Pensé que tú y Mateo eran «solo amigos».

La discusión escaló. Palabras hirientes volaron. Mateo intentó mediar. Al final, Mónica se fue riendo, dejándolos en un silencio incómodo.

Esa noche, Lucía subió al tejado. Mateo apareció poco después.

—No tienes que enfrentarla sola —le dijo.

Lucía suspiró.

—Es más que eso. Me hace sentir como la Lucía de antes. Insegura. Insuficiente.

Mateo la miró con ternura.

—Esa Lucía ya no existe. O sí existe, pero no te define. Tú decides quién eres ahora.

Sus palabras la reconfortaron, pero la paz duró poco. Días después, Mónica la buscó en el parque, nerviosa y sin su habitual armadura.

—Necesito contarte algo —dijo, con voz temblorosa—. Mi papá... en realidad nunca arregló sus problemas. Sigue metido en cosas malas. Creo que alguien lo busca. He visto a un hombre rondando la casa.

Lucía se quedó helada.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—Porque no quiero lástima. Y porque... tenía miedo de que me rechazaras si sabías la verdad.

Por primera vez, Lucía vio a la verdadera Mónica: asustada, rota, sola.

—No estás sola —le dijo—. Pero tienes que ser honesta con todos. No podemos ayudarte si sigues atacando.

Mónica asintió, aunque Lucía no estaba segura de que lo cumpliera.

El proyecto grupal se convirtió en un campo de batalla. Tensiones, indirectas, miradas. Durante la presentación, Mónica se atribuyó gran parte del mérito. Lucía calló, pero por dentro ardía.

La crisis explotó una tarde en el patio. Un hombre desconocido se acercó a Mónica. Ella palideció. Lucía y Mateo corrieron hacia ellos. El hombre se retiró al verlos, pero el miedo quedó.

Esa noche, Mónica se quedó en casa de Lucía. Por primera vez hablaron de verdad: del abandono, del miedo, de cómo el dolor las había cambiado a las dos.

—No quiero seguir así —admitió Mónica—. Pero no sé cómo parar.

—Empecemos por no hacernos daño —respondió Lucía—. Podemos intentarlo de nuevo. Como amigas.

No fue mágico. Mónica seguía siendo complicada. Mateo mantenía distancia prudente. Sofía observaba todo con cautela. Pero Lucía había aprendido algo importante: las sombras del pasado no desaparecen, pero ya no tenían que controlarla.

Sentada en el tejado esa noche, escribió en su diario:

«Mónica no es solo una persona del pasado. Es el espejo de mis inseguridades. Y hoy, por primera vez, logré mirarme sin miedo. No soy perfecta. Sigo rota en algunos pedazos. Pero estoy aprendiendo a reconstruirme. Y nadie —ni Mónica, ni mis miedos— va a impedirlo».

Entre tormentas y estrellas

Cerró el cuaderno y miró el cielo. El otoño seguía su curso.
Las hojas caían, pero los árboles seguían en pie.

Ella también.

CAPÍTULO 7 EL TORBELLINO

El lunes el instituto amaneció cargado de murmullos. Lucía caminaba hacia su casillero con los auriculares puestos, intentando mantener la calma que había logrado en las últimas semanas. Entonces lo vio: un papel pegado con cinta adhesiva. Era una captura de un mensaje antiguo, de cuando tenía trece años. En él se quejaba de Sofía, llamándola «aburrida» y mencionaba que «nunca asumía riesgos».

Lucía sintió que el mundo se derrumbaba. Arrugó el papel con manos temblorosas. Sofía apareció en ese momento y lo vio todo. Su rostro palideció al leer las palabras.

—¿Esto pensabas de mí? —preguntó con la voz rota.

—Sofía, fue hace años... Estaba frustrada, no lo sentía de verdad...

—Necesito tiempo —la cortó Sofía, y se alejó sin mirar atrás.

Lucía buscó a Mónica en el patio. La encontró rodeada de chicos, riendo. Cuando la vio, Mónica sonrió con triunfo.

—¿Te gustó mi regalo? Solo quise que todos conocieran a la verdadera Lucía.

La rabia y la vergüenza quemaron en el pecho de Lucía. Quiso gritarle, pero las palabras se le atascaron. Esa noche, en su habitación, no pudo escribir en su diario. Solo lloró, sentía que todo lo construido se desmoronaba.

Mateo la encontró al día siguiente en las gradas del campo de fútbol.

—No dejes que gane —le dijo, sentándose a su lado—. Lo que hizo fue bajo.

—Ese mensaje existe, Mateo. Lo escribí. Y ahora Sofía me odia.

—Todos cometemos errores. Pero si te quedas atrapada en la culpa, Mónica gana. Enfréntala.

Lucía se levantó sin responder. Necesitaba estar sola.

Mónica no se detuvo. En un grupo de WhatsApp donde no estaba Lucía, empezó a difundir más «pruebas»: mensajes editados donde Ella parecía hablar mal de casi todos. Su reputación se derrumbaba. Algunos la miraban con lástima, otros con desconfianza.

Sofía, a pesar del dolor, empezó a dudar. Recordaba cómo Mónica manipulaba situaciones. Una tarde buscó a Lucía en el baño.

—Ese mensaje duele —admitió—. Pero algo no encaja. Mónica disfruta demasiado esto.

Lucía sintió un rayo de esperanza.

—No quiero perderte, Sofía.

—No te he perdido —respondió ella, aunque aún con distancia—. Pero necesito que seas honesta. Del todo.

Juntas, con la ayuda de Mateo, empezaron a investigar. Contactaron a Valeria, una ex amiga de Mónica de su antiguo colegio. Se reunieron en una cafetería alejada del instituto.

—Mónica no es solo cruel —dijo Valeria—. Es calculadora. Tuve que cambiarme de escuela por ella. Celos, rumores, mentiras... todo para destruirme. Guarda todo. Mensajes, capturas. Es su arma favorita.

Les mostró conversaciones antiguas donde Mónica admitía haber inventado pruebas contra ella. Tenían material suficiente.

El viernes había una asamblea general. Lucía, Sofía y Mateo decidieron actuar. Cuando llegó el turno de intervenciones abiertas, Lucía subió al escenario con las piernas temblorosas. Mateo conectó una USB. La pantalla mostró los mensajes originales, las versiones editadas por Mónica y el video de Valeria donde contaba su historia.

El auditorio quedó en silencio absoluto.

—No vine a humillar a nadie —dijo Lucía, con voz clara a pesar de los nervios—. Cometí errores. Ese mensaje de hace años existe y lo lamento. Pero Mónica manipuló todo. Editó conversaciones, inventó cosas. Esta recopilación no la hice yo sola; la hicimos en grupo, para buscar la verdad.

Mónica, desde su asiento, estaba pálida. Intentó levantarse, pero la directora tomó el micrófono y anunció que el caso se investigaría de manera formal. La asamblea terminó en un murmullo ensordecedor.

Al bajar del escenario, Sofía abrazó a Lucía. No fue un perdón completo, pero fue un comienzo.

—Todavía estoy herida —susurró—. Pero no voy a dejar que ella nos destruya.

Mateo las esperaba afuera. Por primera vez en semanas, sonrió de verdad.

—Lo hiciste bien.

Esa noche, en el tejado de su casa, Lucía escribió en su diario:

«El torbellino no ha terminado, pero ya no me arrastra. Mónica es una sombra del pasado, pero ya no tengo miedo de mirarla. Aprendí que mis errores no me definen. Mis amigos, mi voz y mi decisión de levantarme sí lo hacen».

Cerró el cuaderno y miró el cielo. Las estrellas brillaban débiles entre las nubes. No todo estaba arreglado. Sofía aún necesitaba tiempo. Mateo y ella seguían en terreno incierto. Sus padres seguían aprendiendo a soltar. Y Mónica, aunque herida, no desaparecería tan fácil.

Pero Lucía ya no huía.

Había enfrentado la tormenta. Y descubrió que, aunque el viento aún soplara podía mantenerse en pie.

CAPÍTULO 8 SOMBRAS DEL PASADO

El sol de la mañana se filtraba entre los árboles del parque, pintando manchas doradas sobre el césped húmedo. Lucía, Sofía y Mateo estaban sentados en su banca habitual, con cafés en la mano y una tensión palpable en el aire. La victoria en la asamblea había sido dulce, pero todos sabían que Mónica no se quedaría callada.

—Mateo, ¿algo nuevo? —preguntó Lucía.

Él cerró su laptop con el ceño fruncido.

—Nada público. Pero hay movimiento en un grupo privado de WhatsApp. Alguien menciona que Mónica planea «algo grande». Y Diego tenía razón: hay algo oscuro en todo esto.

Sofía suspiró.

—Valeria nos advirtió. Mónica no es solo cruel. Es calculadora.

En ese momento, una chica se acercó en una bicicleta. Cabello rojo vibrante, chaqueta de cuero y mirada penetrante.

—¿Lucía? —preguntó—. Soy Camila, prima de Valeria. Ella me contó lo de Mónica. Creo que puedo ayudar.

El grupo se tensó. Sofía fue la primera en hablar:

—¿Por qué no nos avisó Valeria?

Camila se sentó en el césped frente a ellos.

—Porque no quería meterme. Pero cuando me contó lo que Mónica te hace, no pude quedarme callada. Hace dos años, Ella destruyó mi vida. Rumores, mentiras, manipulaciones... terminé en un internado. Sé cómo trabaja.

Lucía intercambió una mirada con Mateo. La historia era demasiado parecida a la suya.

—¿Qué propones? —preguntó.

—Mónica guarda todo —respondió Camila—. Mensajes, fotos, capturas. Tiene un archivo digital. Si lo encontramos, tendremos pruebas contra ella. No solo contra ti, Lucía. Contra mucha gente.

Mateo se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo accedemos?

—No será fácil. Es paranoica. Pero su ego es su punto débil. Si le hacemos creer que tiene el control, bajará la guardia.

El plan comenzó a tomar forma. Usarían la próxima lectura abierta del club de literatura como escenario. Camila se infiltraría para fingir que estaba descontenta con Lucía. Mateo y Nico (un amigo hacker de Camila) rastrearían cualquier conexión digital. Sofía y Lucía se encargarían de mantener la calma en el instituto.

Los días siguientes fueron de alta tensión. Lucía apenas dormía. La grieta con Sofía aún dolía, aunque trabajaban juntas. Una tarde, mientras preparaban carteles, Lucía se armó de valor.

—Sofía, sé que ese mensaje antiguo te hirió. No era lo que sentía de verdad. Tenía trece años y era una idiota. Lo siento.

Sofía dejó el cartel y suspiró.

—Duele, sí. Pero sé que Mónica lo usó para separarnos. Intento superarlo. Solo... dame tiempo.

No era un perdón completo, pero era un paso.

El viernes de la lectura abierta, el auditorio estaba lleno. Mónica llegó con su habitual confianza, pero Lucía notó que evitaba mirarla. Camila se acercó a ella con naturalidad, halagándola y fingiendo interés. Todo iba según el plan.

Hasta que Mónica recibió un mensaje y palideció.

De repente, pidió la palabra. Subió al escenario y, con voz venenosa, acusó a Lucía de manipular todo. Mostró una captura falsa donde Lucía parecía planear hackear su teléfono.

El auditorio murmuró. Lucía sintió que el pánico subía, pero Sofía tomó el micrófono.

—Esto es mentira —dijo con firmeza—. Mónica lleva semanas editando mensajes para crear pruebas falsas.

Mateo proyectó las capturas originales. La audiencia pasó del shock al murmullo indignado. Mónica intentó defenderse, pero su voz sonaba desesperada.

La directora suspendió el evento y convocó a todos a su oficina. Allí, Camila reveló que había grabado la conversación donde Mónica admitía tener un archivo con información comprometedor.

Mónica se derrumbó. Acusó a todos de conspirar, pero las pruebas eran contundentes. La directora anunció una suspensión más larga y que involucraría a sus padres.

Esa noche, en el parque, el grupo se reunió. La victoria sabía agri dulce.

—No se rendirá —dijo Camila—. Y no está sola. Hay alguien más. Un tipo llamado Adrián. Es un exalumno expulsado por hackear el sistema del colegio. Rumores dicen que ahora hace trabajos sucios: falsificar mensajes, campañas de desprestigio...

Lucía sintió un escalofrío.

—¿Un hacker?

Mateo asintió, serio.

—Esto ya no es solo un drama escolar. Si Mónica trabaja con él, estamos en otro nivel.

Días después, Lucía recibió un mensaje anónimo: una foto de ellos en el parque tomada desde lejos. El texto decía: «Sé lo que planean. Retrocede o lo pagarás».

El torbellino había regresado con más fuerza.

El grupo se reunió de urgencia. Decidieron acelerar todo. Nico rastrearía la conexión entre Mónica y Adrián. Camila intentaría acercarse más. Lucía, por su parte, decidió contárselo todo a sus padres.

Esa noche, durante la cena, Lucía habló con honestidad. Sus padres la escucharon en silencio. En esta ocasión, no la regañaron. Su madre la abrazó.

—Esto es serio, Lucía. No puedes enfrentarlo sola.

Su padre asintió.

—Estamos contigo. Pero si hay peligro real, involucraremos a la policía.

El sábado por la noche, Camila citó a Mónica en un café discreto, para fingir que quería unirse a su bando. Lucía, Sofía y Mateo observaban desde otra mesa. Nico grababa todo.

Mónica llegó confiada.

—No sabes cuánto he esperado para acabar con Lucía —dijo con una sonrisa cruel—. Tengo un archivo que la destruiré para siempre.

Camila fingió admiración.

—¿Cómo lo tienes todo tan organizado?

Mónica se rio y sacó su teléfono.

—Digamos que tengo ayuda. Adrián sabe hacer que las cosas desaparezcan... o aparezcan.

En ese momento, Adrián entró al café acompañado de un hombre mayor bien vestido. La tensión explotó. Mónica palideció al verlos.

—¿Qué es esto? —preguntó Adrián, molesto.

Nico activó la transmisión en vivo a una cuenta anónima. La voz de Mónica donde admitía su archivo y su alianza con Adrián se escuchó en decenas de teléfonos.

El hombre del traje agarró a Mónica del brazo y salieron presurosos. Adrián lanzó una última mirada de advertencia antes de seguirlos.

El grupo se quedó en silencio, trataban de procesar lo ocurrido.

—Esto es mucho más grande —dijo Sofía, con voz temblorosa—. ¿Quién era ese hombre?

Lucía miró a sus amigos, con una determinación que no había sentido antes.

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo. Y esta vez, no pararemos hasta que caigan todos.

El torbellino no había terminado. Apenas comenzaba. Pero Lucía ya no era la chica que huía de la tormenta.

Ahora estaba dispuesta a enfrentarla.

CAPÍTULO 9 EL PESO DE LA VERDAD

El parque estaba en silencio, salvo por el susurro de las hojas. Lucía, Sofía, Mateo y Camila se reunieron bajo el sauce, con la grabación del café aún fresca en sus mentes. La expulsión de Mónica había sido un golpe duro, pero sabían que no era el final.

—Nico encontró más —dijo Camila, al romper el silencio—. Un servidor en la nube donde Mónica guarda su archivo. Está encriptado, pero Adrián aparece en varios correos. No solo falsificaba mensajes. Hablaban de «proyectos mayores».

Mateo cerró su laptop con el ceño fruncido.

—Esto ya no es solo un drama escolar. Si Adrián y ese hombre del traje están involucrados, necesitamos pruebas concretas antes de que contraataquen.

Sofía apretó los puños.

—No podemos esperar. La asamblea del lunes es nuestra mejor oportunidad. Mónica va a intentar volver. Tenemos que exponerla del todo.

Lucía asintió. El miedo seguía ahí, pero ya no la paralizaba.

—Hagámoslo. No solo por nosotras. Por todos los que Mónica lastimó.

Pasaron el fin de semana preparando. Nico descifró parte del archivo: listas de estudiantes chantajeados, mensajes falsos y correos con Adrián. Mateo preparó una presentación segura. Camila contactó a más víctimas. Lucía habló con sus padres y la directora, esta vez con pruebas irrefutables.

El lunes, el auditorio estaba lleno. Mónica entró con la cabeza alta, pero su mirada era nerviosa. Cuando la directora

abrió el espacio de intervenciones, Lucía subió al escenario acompañada de sus amigos.

—No vine a pelear —empezó Lucía, con voz firme—. Vine a terminar esto. Mónica no solo difundió rumores. Manipuló mensajes, chantajeó estudiantes y trabajó con alguien fuera del instituto para amenazarnos.

Mateo proyectó las pruebas. La grabación del café. Los correos. Los nombres de las víctimas. El auditorio quedó en silencio absoluto, luego estalló en murmullos.

Mónica se levantó, pálida.

—¡Es mentira! ¡Todo está editado!

Sofía tomó el micrófono.

—Entonces explica por qué Adrián, el hacker expulsado, te ayudaba a falsificar pruebas. Explica por qué tienes un archivo con información para destruir a cualquiera que se te oponga.

Camila se levantó desde el público.

—Yo fui una de sus víctimas hace dos años. Y no voy a dejar que haga lo mismo con nadie más.

La directora intervino. Confiscó el teléfono de Mónica y anunció una investigación inmediata. Esa misma tarde, la policía fue notificada. Mónica fue expulsada de forma definitiva. Adrián quedó bajo investigación. El hombre del traje, cuya identidad aún era un misterio, desapareció.

Cuando Lucía salió del auditorio, sintió que un peso enorme se levantaba de sus hombros. Sofía la abrazó con fuerza.

—Lo logramos —susurró.

—No solos —respondió Lucía, mirando a Mateo y Camila—. Juntos.

Esa noche, en el parque, celebraron en silencio. Las estrellas brillaban sobre ellos como testigos de su victoria.

—Pensé que nunca terminaría —admitió Lucía, recostada en el césped.

Mateo tomó su mano.

—Terminó. Y empezamos algo nuevo.

Lucía lo miró. En las últimas semanas, sus miradas se habían vuelto más largas, sus roces más intencionados. Mateo, siempre paciente, había esperado sin presionar.

—Mateo... —empezó ella, con el corazón acelerado—. Me gustas. Mucho. Y no quiero seguir fingiendo que solo somos amigos.

Él sonrió, esa sonrisa tímida que tanto le gustaba.

—Yo también. Desde hace tiempo.

El beso fue suave, nervioso al principio, luego más seguro. Cuando se separaron, Lucía sintió que algo encajaba por fin.

Sofía y Camila, que los observaban desde lejos, fingieron sorpresa.

—¡Por fin! —gritó Sofía, riendo—. Ya era hora.

Camila levantó su vaso de jugo en un brindis improvisado.

—Por las segundas oportunidades. Y por las que vienen.

Los días siguientes trajeron una calma nueva al instituto. Sin Mónica, los pasillos parecían más ligeros. Lucía, elegida presidenta del club de literatura, organizó una noche de poesía al aire libre. El parque se llenó de luces, mantas y voces.

Lucía abrió el evento con un poema sobre tormentas y amaneceres. Cuando terminó, el aplauso fue cálido y sincero.

Sofía leyó sobre amistad verdadera. Camila, sobre renacer. Mateo sorprendió a todos con un texto corto sobre héroes silenciosos que salvan el día con código y lealtad.

Al final, Lucía miró a sus amigos bajo las luces parpadeantes.

—Hace meses, este parque era un lugar de miedo —dijo—. Hoy es de esperanza. Gracias por recordarme que no tenemos que enfrentar las tormentas solos.

Esa noche, mientras caminaba de regreso a casa con Mateo, Lucía sintió una paz profunda. Sus padres la esperaban con una cena especial, orgullosos de cómo había manejado todo. La relación con ellos sanaba, pero ahora había más comprensión y menos control.

—Estamos aprendiendo —le había dicho su madre esa mañana—. Y tú también.

Mateo apretó su mano.

—¿Estás bien?

—Más que bien —respondió Lucía—. Por primera vez, siento que el futuro es mío.

Se detuvieron bajo el roble del parque. Mateo la miró con ternura.

—Sea lo que sea que venga, lo enfrentaremos juntos.

Lucía se puso de puntillas y lo besó. El beso fue dulce, lleno de promesas.

Al separarse, sonrió.

—Juntos.

Entre tormentas y estrellas

El torbellino había pasado. Quedaban cicatrices, sí. Pero también fuerza, amistad y un amor que apenas comenzaba. Lucía miró al cielo estrellado y respiró hondo.

El peso de la verdad ya no la aplastaba.

Ahora la liberaba.

CAPÍTULO 10 RAÍCES RENOVADAS

El sol de finales de otoño bañaba el parque con tonos dorados. Lucía, Sofía, Mateo y Camila estaban sentados bajo el sauce de siempre, con cuadernos abiertos y cafés tibios en las manos. El festival literario había sido un éxito rotundo, y el club se había convertido en un refugio real para muchos estudiantes. Pero Lucía aún cargaba un peso pendiente: su relación con sus padres.

—Siento que seguimos en dos mundos diferentes —admitió, mirando las hojas que caían—. Me apoyaron con lo de Mónica, pero aún hay una distancia. Quiero arreglarlo, aunque no sé cómo.

Sofía cerró su cuaderno.

—Habla con ellos como hablas con nosotros. Sin filtros. Mis papás empezaron a entenderme cuando dejé de esconderme.

Camila arrancó una brizna de césped.

—Mi mamá y yo tardamos meses después de lo mío con Mónica. Pero cuando fui honesta sobre cómo me sentía, algo cambió. No esperes que lo entiendan todo de inmediato. Solo que lo intenten.

Mateo apretó con suavidad su mano.

—Invítalos al próximo taller. Que vean lo que has construido. A veces, ver es más poderoso que explicar.

Lucía asintió. Esa noche, durante la cena, respiró hondo y rompió el silencio.

—Mamá, papá... necesito hablar con ustedes.

Silvia dejó el tenedor. Miguel apagó el televisor.

—Dime, cariño —dijo su madre.

Lucía habló sin prisa. Les contó cómo se había sentido durante el drama con Mónica, el miedo, la rabia, la soledad. Les habló del club, de sus amigos, de Mateo. De cómo había aprendido a liderar, a equivocarse y a levantarse.

—No quiero que me protejan de todo —concluyó—. Quiero que me conozcan. Quiero que seamos un equipo.

Silvia tenía los ojos húmedos.

—Teníamos tanto miedo de fallarte... —susurró—. Pensábamos que al controlar todo te protegíamos. Pero te estábamos alejando.

Miguel, con voz ronca, añadió:

—Estoy orgulloso de ti, Lucía. De cómo enfrentaste todo. Solo... dame tiempo para aprender a ser el padre que necesitas ahora.

No fue una reconciliación mágica. Fue un comienzo. Y para Lucía, fue suficiente.

El siguiente taller de escritura se realizó un sábado por la tarde en el patio del instituto. Lucía había invitado a sus padres. Cuando los vio llegar, sintió los nervios y la esperanza mezclados.

Silvia llevaba un cuaderno pequeño. Miguel, algo incómodo, se sentó en una de las mesas. Lucía les presentó el ejercicio: escribir una carta al «yo del futuro».

Cuando llegó su turno, Lucía leyó con voz clara:

—Querida Lucía del futuro: no olvides que tu fuerza no viene de no tener miedo, sino de seguir adelante a pesar de él. Gracias a tus amigos, a tu familia que está aprendiendo, y a ti misma, que elegiste no rendirte.

Silvia leyó después, con la voz temblorosa:

—Querida Silvia del futuro: aprende a escuchar a tu hija. No solo con los oídos, sino con el corazón. Ella te está enseñando tanto como tú a ella.

Miguel, para sorpresa de todos, también participó. Su carta fue breve, pero sincera:

—Querido Miguel del futuro: no tengas miedo de no entenderlo todo. Tu hija es más fuerte de lo que imaginas. Solo acompáñala.

Lucía sintió lágrimas rodar por sus mejillas cuando sus padres la abrazaron al final. No era perfecto. Aún había mucho por reconstruir. Pero las raíces comenzaban a fortalecerse.

Las semanas siguientes trajeron una nueva normalidad. Silvia se ofreció a ayudar con la edición de la antología del club. Miguel, más práctico, colaboró en la logística de los eventos. Las conversaciones en casa se volvieron más profundas, menos tensas. Lucía ya no sentía que tenía que elegir entre su mundo y su familia: ahora los unía.

El festival de cierre de semestre fue la culminación de todo. El parque se llenó de luces, mantas, libros y voces. Lucía abrió el evento con un discurso que resumía su camino:

—Hace meses pensé que mi mundo se derrumbaba. Hoy, gracias a mis amigos, a mi familia y a todos ustedes, sé que las tormentas no nos destruyen. Nos enseñan a crecer raíces más profundas.

Sofía leyó un poema sobre la amistad verdadera. Camila compartió uno sobre renacer. Mateo sorprendió a todos con un texto corto sobre héroes silenciosos que salvan el día con lealtad y un poco de código.

Al final, mientras las luces parpadeaban bajo las estrellas, Lucía y Mateo se apartaron un momento bajo el roble.

—¿Sabes? —dijo él, tomando su mano—. Todo esto empezó con una conversación en este mismo parque. Y míranos ahora.

Lucía sonrió, al tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro.

—Hemos recorrido un largo camino.

Mateo se inclinó y la besó con ternura. Un beso que sabía a promesas y nuevos comienzos.

Cuando regresaron con el grupo, Sofía y Camila los esperaban con sonrisas cómplices. La noche terminó con risas, planes para el siguiente semestre y la certeza de que, pasara lo que pasara, no estarían solos.

Esa noche, en su habitación, Lucía abrió su diario después de mucho tiempo. Escribió con letra tranquila:

«Las raíces no siempre crecen rectas. A veces se tuercen, se rompen, se sacuden. Pero con tiempo, honestidad y las personas correctas, pueden volverse más fuertes que nunca. Hoy, mis raíces están renovadas. Y estoy lista para lo que venga».

Cerró el cuaderno y miró por la ventana. Las luces de la ciudad brillaban en la distancia. El futuro ya no le daba miedo.

Era suyo para escribirlo.

Fin.

EPÍLOGO

Seis meses después, el parque ya no era solo un refugio; se había convertido en un símbolo. La primavera había llegado con fuerza, tiñendo los árboles de un verde vibrante y llenando el aire de un aroma a flores y promesas cumplidas. Lucía caminaba por el sendero de grava con una sonrisa tranquila, el cuaderno bajo el brazo y el corazón más ligero que nunca.

El instituto había cambiado. Sin Mónica, los pasillos respiraban con mayor libertad. Los rumores habían desaparecido, reemplazados por conversaciones reales y risas auténticas. El club de literatura, ahora dirigido por Lucía y Sofía, se había convertido en uno de los más populares del colegio. Habían publicado una segunda antología, esta vez con ilustraciones de Camila y una plataforma digital diseñada por Mateo. Más de ochenta estudiantes compartieron sus historias. Para Lucía, cada página era un recordatorio de que las voces silenciadas pueden sanar cuando se les da espacio.

Esa tarde, el grupo completo se reunió bajo el sauce de siempre. Sofía llegó primero, con una manta y una bolsa de bocadillos. Su confianza había florecido; ahora era la vicepresidenta del consejo estudiantil y hablaba de postularse para presidenta el próximo año.

—Traje las fotos del festival —dijo, al mostrar su teléfono—. Mira cómo salimos. Parecemos un equipo de superhéroes.

Camila llegó poco después, con el cabello rojo más corto y una carpeta llena de bocetos. Había ganado un concurso local de ilustración con un dibujo inspirado en su poema de renacer. Su relación con sus padres también había mejorado, aunque aún tenía días difíciles.

—Nico me mandó un mensaje —comentó, sentándose en la manta—. Dice que Adrián está bajo investigación formal. Parece que el hombre del traje era un contacto de negocios turbios de su padre. Ya no podrán hacer daño.

Mateo apareció al último, con su mochila y una sonrisa que reservaba solo para Lucía. Su relación había crecido con calma y complicidad. No era perfecta —había discusiones por cosas pequeñas y momentos de inseguridad—, pero era real. Se sentaron juntos, y él entrelazó sus dedos con los de ella de forma natural.

Lucía los miró a todos y sintió una emoción profunda. Habían pasado por el infierno juntos y habían salido más fuertes, más unidos.

—Hace un año —dijo, con voz suave—, pensaba que nunca encontraría mi lugar. Me sentía atrapada, invisible, insuficiente. Hoy... hoy siento que pertenezco. A este grupo, a este instituto, a mi familia.

Sofía sonrió con nostalgia.

—Y yo pensaba que perderte sería el fin del mundo. Ahora sé que nuestra amistad no se rompe tan fácil.

Camila levantó su vaso de jugo en un brindis improvisado.

—Por las que nos rompimos y volvimos a armarnos. Más fuertes. Más nuestras.

Mateo miró a Lucía con ternura.

—Y por las que decidimos quedarnos, aunque fuera difícil.

Lucía rio, sintiendo que las lágrimas amenazaban con salir, pero esta vez eran de alegría.

Esa noche, en casa, la cena fue diferente. Silvia había preparado el guiso favorito de Lucía, y Miguel había comprado

helado de postre. Ya no había silencios incómodos. Hablaban de todo: del club, de Mateo, de los planes de Lucía para el verano. Su madre le había pedido que le enseñara a usar la plataforma digital del club. Su padre, poco a poco, había empezado a preguntar sobre sus sentimientos en lugar de solo dar consejos.

—Estamos orgullosos de ti —le dijo Miguel esa noche, mientras lavaban los platos juntos—. No solo por lo que lograste, sino por cómo lo lograste. Con honestidad.

Lucía lo abrazó. Era un abrazo que llevaba meses construyéndose.

—Gracias por intentarlo —susurró.

Antes de dormir, Lucía abrió su diario por última vez ese año. Escribió con letra serena:

«Tengo amigos que son familia, un amor que me hace mejor, padres que están aprendiendo a verme, y una versión de mí misma que ya no tiene miedo de brillar.»

El torbellino quedó atrás. Ahora solo queda el amanecer.»

Cerró el cuaderno, apagó la luz y sonrió en la oscuridad.

Fuera, el viento de primavera mecía las hojas del roble del parque, como si el mundo entero celebrara en silencio.

Lucía ya no estaba atrapada.

Estaba viva. Estaba completa. Y estaba lista para todo lo que vendría.

AGRADECIMIENTO

Queridos lectores,

Gracias. De todo corazón, gracias por haber acompañado a Lucía en su viaje a través de estas páginas. Desde el primer portazo en su habitación hasta el último atardecer bajo el roble del parque, han sido testigos de su crecimiento, sus caídas, sus lágrimas y, sobre todo, de su valentía para levantarse una y otra vez. Compartir esta historia con ustedes ha sido un privilegio inmenso.

Esta novela nació del deseo de hablar de lo que significa ser adolescente: sentirse atrapado entre expectativas ajenas, el miedo a no ser suficiente, las tormentas de la amistad, el vértigo del primer amor y la difícil tarea de encontrar la propia voz. Lucía no es perfecta. Se equivoca, lastima, duda y tropieza. Pero también aprende, perdona, se levanta y elige ser mejor. Si algo espero que se lleven de esta historia es precisamente eso: que no hace falta ser perfectos para merecer amor, amistad y un lugar en el mundo. Basta con ser honestos, valientes y dispuestos a reconstruir lo que se rompe.

A lo largo de estos capítulos han conocido a Sofía, cuya lealtad se pone a prueba, pero nunca se rompe del todo; a Mateo, que demuestra que el amor verdadero es paciente y se construye con hechos; a Camila, que nos recuerda que las segundas oportunidades existen; y a los padres de Lucía, que aprenden, como muchos padres reales, que proteger no siempre significa controlar. Cada personaje lleva un pedacito de realidad, de esas experiencias que muchos hemos vivido: el dolor de la traición, la culpa de haber herido a alguien querido, el miedo al rechazo y la alegría inmensa de encontrar a quienes nos ven de verdad.

Si Lucía logró salir del torbellino, es porque tuvo el coraje de pedir ayuda, de decir «lo siento», de enfrentar sus sombras y de

elegir no rendirse. Ojalá esta historia les inspire a hacer lo mismo en sus propias vidas. Hablen con sus amigos, aunque duela. Abran su corazón a su familia, aunque sea complicado. Permítanse enamorarse, aunque dé miedo. Y, sobre todo, no dejen que nadie —ni siquiera ustedes mismos— les diga que no son suficientes.

Gracias por leer cada pelea, cada lágrima, cada sonrisa y cada pequeño triunfo. Gracias por darle vida a Lucía con su tiempo y su atención. Espero que al cerrar este libro sientan que llevan un pedacito de su fuerza consigo. Porque las Lucías del mundo merecen ser vistas, escuchadas y queridas tal como son.

Si esta historia tocó algo en su corazón, si se sintieron identificados, si lloraron o sonrieron con ella, háganmelo saber. Sus palabras significan más de lo que imaginan.

Con gratitud infinita y un abrazo sincero,

José Arturo Sarabia Campos

Obra protegida por derechos de autor



El escritor y editor literario José Arturo Sarabia Campos ha convocado a esta antología internacional de amor, reuniendo distintas veces que, desde diversos rincones de países de habla hispana, tejen historias donde la pasión, la ternura y la complejidad de los afectos se entrelazan con la esencia misma de la vida. En estas páginas, 39 autores de distintas latitudes exploran el amor en sus múltiples formas: el romántico, el filial, el espiritual y el que nace de la memoria compartida. Cada relato es un testimonio de cómo este sentimiento universal puede trascender fronteras, culturas y generaciones, creando un mosaico literario que celebra la fuerza transformadora del amor. Prepárate para sumergirte en un viaje donde la emoción es inevitable y el corazón se convierte en protagonista.

A veces, el mejor peso no es el que cargamos en los hombros, sino el que llevamos dentro del pecho. Lucía lo sabía bien. A los dieciséis años, había aprendido que las cadenas más fuertes no son las visibles; son las que se hacen con expectativas, silencios y la constante sensación de no ser suficiente.

Desde su ventana, la ciudad se extendía como un mar de luces filantes. Lucía estaba sentada en el sofá, con las rodillas abrazadas contra el pecho y la mirada perdida en el cielo nocturno. Las estrellas fluorescentes que había pegado en el techo de su habitación años atrás ya no brillaban con la misma intensidad. Algunas se habían despegado, otras apenas emitían un resplandor débil. Como ella. Como su vida.

Todo parecía estar en su lugar: una familia que la quería, una mejor amiga que la consolaba desde siempre, un chico que la adoraba al instante con solo una mirada. Pero nada encajaba realmente. En casa, las conversaciones con sus padres terminaban siempre en la misma frase: "¿o por lo bien?". En la escuela, sonreía mientras sentía que se ahogaba. Y en su interior, una voz constante le repetía que no era suficiente: ni lo suficientemente buena hija, ni lo suficientemente leal amiga, ni lo suficientemente valiente para ser quien realmente quería ser.

Lucía había crecido creyendo que la vida era una línea recta: estudiar, portarse bien, cumplir expectativas y, algún día, convertirse en la versión perfecta que sus padres soñaban. Pero cuanto más intentaba seguir esa línea, más se desviaba. Las penas en casa se volvían más frecuentes. Las palabras con Sofía, su mejor amiga, se volaban más certanías. Y el chico que le gustaba... él representaba tanto una esperanza como un alfiler.

Hubía noches, como esta, en las que se preguntaba si alguna vez encontraría su lugar. Si existiría un mundo donde pudiera ser ella misma sin tener que pedir perdón por ello. Donde sus errores no la defecieran. Donde sus sueños no fueran que justificarse ante nadie. Corrió los ojos y respiró el aire fresco de la noche. En algún lugar, dentro de ese torbellino de inseguridades, miedos y esperanzas rotas, había una chispa. Pequeña, frágil, pero obstinada. Una chispa que le recordaba que no estaba sola, solo en proceso de recomposición. Que las tormentas no duran para siempre. Que las raíces sancochadas pueden volver a crecer, más profundas y más fuertes. Lucía no sabía todavía que los próximos meses pondrían a prueba cada pedazo de su ser. No sabía que perdería amistades, que enfrentaría traiciones, que el amor le rompería el corazón y que, al final, tendría que elegir entre seguir siendo quien todos esperaban o convertirse en quien realmente era.

Solo sabía una cosa, mientras miraba las estrellas:
Estaba cansada de sentirse atrapada.
Y estaba lista para volar...

José Arturo Sarabia Campos



Obra protegida por derechos de autor